

EL COMERCIO EN LA ECONOMÍA ARGENTINA

Eric Arias
Germán Gieczewski

Universidad del CEMA
Octubre 2007

Se analizan las posturas de Juan Bautista Alberdi, según su libro “Sistema económico y rentístico”, y de Arturo Jauretche, según su “Política y Economía”, sobre el rol del comercio en la economía argentina. Se estudian sus opiniones acerca del comercio como actividad productiva, su relación con el consumo y sus efectos sobre el resto de la economía. Se buscan los elementos analíticos subyacentes en sus visiones, que dan lugar a las diferencias entre ellos, y se ensaya una explicación de dichas visiones.

Código Jel: F10

Palabras claves: libre comercio, monopolio, consumo, industrialización

I. Introducción

A lo largo de la historia argentina se ha discutido cuál es el modelo de país al que debemos aspirar. Uno de los puntos centrales en la discusión ha sido qué papel debe jugar el comercio exterior: si es preferible una economía abierta o una cerrada, si el comercio ha sido el gran manantial de la riqueza argentina o el mal que nos ha mantenido en el subdesarrollo.

Esta cuestión nos lleva a preguntarnos qué piensan Alberdi y Jauretche sobre el comercio, ya que los modelos de país que conciben son diametralmente opuestos. Uno está a favor de una economía libre y abierta al mundo, cuyo crecimiento debe venir de la mano de la importación de bienes, capitales, población e instituciones. El otro pretende una economía orientada al interior, en la que el comercio (en particular la exportación de manufacturas) puede contribuir a la grandeza nacional, pero seguramente será una traba al crecimiento, salvo que el Estado lo regule diligentemente para encasillarlo en las actividades de interés nacional.

Nos proponemos analizar el papel que Alberdi y Jauretche le reconocen al comercio en el desarrollo del país, en dos sentidos. Por un lado, estudiaremos el comercio como una actividad productiva en sí misma; es decir, si es un sector que genera valor propio y por lo tanto aporta al crecimiento económico del país, o si es un componente parasitario de la economía, que vive de la rentabilidad generada por los sectores productivos. Por otro lado, nos dedicaremos a los efectos que tiene el comercio sobre los demás sectores productivos (la agricultura y la industria): si los impulsa o los frena. Veremos que sus visiones divergentes pueden explicarse analizando sus posturas sobre el valor del consumo y sobre el origen de los monopolios.

II. Comparación de textos de Alberdi y Jauretche

Presentaremos y contrastaremos pasajes de Alberdi y Jauretche sobre tres temas: el comercio como actividad productiva, el efecto del comercio internacional sobre la economía, y el rol del consumo en relación con el comercio.

A. El comercio como actividad productiva

Alberdi afirma que el comercio es una actividad que genera valor, de la misma forma que la agricultura y la industria. Así lo dice en *Sistema económico y rentístico*:

"¿Hay una *producción* que pueda llamarse comercial? ¿El comercio *produce*, en el sentido que esta palabra tiene en la economía política? Hoy no hay un solo economista que no dé una solución afirmativa a esta cuestión.

Entienden por *producción* los economistas, no la creación material de una cosa que carecía de existencia (el hombre no tiene semejante facultad), sino la transformación que los objetos reciben de su industria, haciéndose aptos para satisfacer alguna necesidad del hombre y adquiriendo por lo tanto un valor. En este sentido el comercio contribuye a la producción en el mismo grado que la agricultura y las máquinas, aumentando el valor de los productos por medio de su traslación de un punto en que valen menos a otro punto en que valen más. Un quintal de cobre de Coquimbo tiene más valor en un almacén de Liverpool, por la obra del comerciante que lo ha transportado del país en que no era necesario al país en que puede ser más útil." (Primera Parte, Cap. II, Artículo III)

Alberdi está exponiendo una doctrina más amplia que la de muchos autores clásicos: el comercio genera valor, a pesar de no producir nada materialmente visible, porque traslada los productos de

lugares donde tienen menor valor a otros donde tienen mayor valor: ya sea de las manos del productor a las manos del consumidor, o de un país donde no son útiles a otro donde sí lo son. En este sentido, la producción necesaria para que una persona pueda consumir un bien no consiste sólo en la obtención de las materias primas a partir de la naturaleza y su transformación, sino también su traslado, su distribución y la coordinación de las etapas del proceso productivo. El comercio puede ser visto como la provisión de estos servicios. Entonces, en términos modernos podemos decir que, en una economía libre, el precio al que se venda este servicio estará dado (en equilibrio) por el costo marginal de producirlo.

En cambio, Jauretche ve al comerciante como un intermediario que gana con las diferencias y no con el valor que genera su actividad; es decir que prospera apropiándose de rentas ajenas, a la manera de un parásito. Así lo dice en *Política y Economía*:

"Los invernadores, por ejemplo, no son una creación artificial; cumplen la tarea de lograr, en tiempo y calidad, un mejor aprovechamiento de la hacienda originada en los campos de cría, y en ese sentido son productores. Pero en cuanto son compradores y vendedores de animales que como productores perfeccionan y completan, son comerciantes y como comerciantes su negocio está más en las diferencias que en lo que incorporan a cada unidad vacuna. El precio suyo, en parte precio de productor, es en la mayor parte precio de comerciante. [...] De tal manera, un pequeño sector de la ganadería está más vinculado al interés de los exportadores que la ganadería misma..." (pp. 109-110)

En la visión de Jauretche el comerciante no es, de por sí, una parte contribuyente a la economía nacional. Dado que el comerciante no produce nada material, y dado que Jauretche desdeña la importancia de los servicios de intermediación, no cree que su actividad genere valor. Se desprende la conclusión de que la rentabilidad que obtiene el comerciante no puede ser generada por él mismo; entonces debe ser cierto que se apropia de la de otros, es decir, de los productores para los cuales oficia de intermediario. Además, cree que el comercio está en posición para obtener toda la rentabilidad del productor, siempre que no lo lleve a la ruina. Esto es muy similar a la doctrina marxista de que el capitalista no genera valor con su capital sino que expropia la plusvalía del trabajo, y está en posición de obtener toda la diferencia que desee siempre que el trabajador pueda subsistir con lo que recibe. En la visión de Jauretche, el comerciante ocupa el lugar del capitalista, y el productor el del proletario.

B. El efecto del comercio internacional

Para Alberdi, el comercio es un medio de civilización y enriquecimiento, que requiere las más amplias libertades para funcionar. Esto no se debe sólo al valor que genera por sí mismo, sino también al efecto benéfico que ejerce sobre las demás actividades productivas:

En primer lugar, porque introduce en el mercado productos superiores a los fabricados en el país, y así obliga a la industria local a modernizarse lo más posible, a buscar mayor eficiencia; en cambio, la protección aduanera le da a la industria local un monopolio que le permite permanecer atrasada y seguir fabricando malos productos a alto costo. De esta manera el comercio, al ampliar los mercados, introduce la competencia y con ella el avance en las formas de producción.

En segundo lugar, porque el libre comercio, al permitirle a los habitantes consumir mejores productos, resulta en una elevación del nivel de vida que constituye un poderoso estímulo a la inmigración, que a su vez contribuye a la industria local aportando manos expertas y nuevas máquinas. Este factor puede no parecer tan importante hoy en día, pero lo era en ese momento, cuando una de las necesidades más urgentes del país para crecer era atraer población.

Estas ideas son las expuestas en el siguiente pasaje:

"La aduana proteccionista es opuesta al progreso de la población, porque hace vivir mal, comer mal pan, beber mal vino, vestir ropa mal hecha, usar muebles grotescos, todo en obsequio de la industria local, que permanece siempre atrasada por lo mismo que cuenta con el apoyo de un monopolio que la dispensa de mortificarse en mejorar sus productos. ¿Qué inmigrado será tan estoico para venir a establecerse en país extranjero en que es preciso llevar vida de perros, con la esperanza de que sus bisnietos tengan la gloria de vivir brillantemente sin depender de la industria extranjera?" (Segunda Parte, Cap. V, Inciso 6)

Así, según Alberdi, el libre comercio internacional lleva al crecimiento de los demás sectores de la economía, forzando su modernización y aportando nuevos factores de producción para su funcionamiento.

Jauretche, nuevamente, está en total desacuerdo. Para él, el comercio exterior es un medio secundario de expansión, siendo el primero el crecimiento del mercado interno. A la vez, el

comercio libre y desregulado es antiliberal y destructivo, porque permite que las compras sean monopolizadas por los imperios extranjeros (lo cual sólo puede solucionarse con tratados bilaterales que regulen el comercio con cada país), que se impida la industrialización de las materias primas, y que las divisas conseguidas se derrochen en bienes suntuarios.

Estas ideas están diseminadas a lo largo de su libro, pero las siguientes citas las ilustran en su mayoría:

“Los productores agrarios, que en un momento verán mejorar su situación, no tardarán en caer en las ávidas fauces de los intermediarios y de los consorcios de exportación, que muy pronto absorberán los beneficios de los nuevos precios oficiales.” (p. 32)

“Si los tratados bilaterales nos permiten liberarnos de la presión del comprador único, y diversificar el mercado comprador, mejorando el precio de nuestras exportaciones y creando mercados que las diversifican y permiten su exportación elaborada o semielaborada, su destrucción fue un salto atrás deliberado.” (p. 88)

Para Jauretche el libre comercio no introduce la competencia y el progreso de la producción; por el contrario, introduce el monopolio de las compras por parte de los imperios extranjeros, la eterna exportación de materias primas sin elaborar a precios cada vez menores, y el estancamiento de la industria nacional, que nunca alcanza la sustitución de importaciones. La única manera de revertir esto es mediante un fuerte empuje estatal a la industria, con protecciones aduaneras, subvenciones y créditos, y la estatización de la exportación de productos primarios (como se hizo durante la década peronista con el IAPI), para darle poder de negociación al país, que podrá comerciar con aquellos países con los que firme tratados bilaterales.

C. El rol del consumo

Encontraremos que gran parte de las discrepancias entre Alberdi y Jauretche se deben a que Alberdi reconoce que la medida última del valor de un bien está en su posibilidad de ser consumido, mientras que Jauretche adjudica valor a la producción bruta de cosas materiales.

Alberdi expresa la importancia del consumo en el siguiente pasaje:

“Qué llaman gasto estéril o improductivo los economistas? [...] Todo el que se hace sin mira de ganar, es decir, no sólo el gasto que se hace en vivir y gozar, sino el que se opera ejerciendo las facultades más nobles del hombre. [...] ¿Es diferente el destino que en definitiva tienen todas las riquezas del hombre? [...] Pues bien, estorbar el consumo estéril, es decir, el goce, el placer y hasta la disipación ejercidos en la esfera de la capacidad civil, es no solamente atentar contra la libertad de usar y disponer de su propiedad, [...] sino entristecer, marchitar esa flor de existencia fantástica, que hace el esplendor de los pueblos cultos, y constituye un manantial indirecto de su producción y riqueza general.” (Tercera Parte, Cap. II)

Aquí están implícitas dos razones por las cuales los individuos deben tener derecho a consumir libremente el fruto de su trabajo. La primera razón es simplemente que, dado que el fin último de la economía es el consumo (ya sea presente o futuro), restringirlo es contradecir y obstaculizar el logro de este fin, con lo cual la actividad económica se vuelve obsoleta, más allá de las cantidades producidas. La segunda razón es que el consumo es un estímulo a la producción: Alberdi argumenta que, al facilitar el consumo de productos de mejor calidad, el comercio aumenta la remuneración real que la gente puede recibir por su trabajo, que en último término debe medirse por la satisfacción que le produce el consumo que gana con dicho trabajo. Así, el consumo suntuario y de bienes importados es un poderoso incentivo al trabajo. Las leyes que lo restringen reducen el esfuerzo al opacar las recompensas que hay en juego.

En este marco, dado que el comercio aumenta la capacidad de consumo, las leyes proteccionistas y restrictivas del comercio son perjudiciales tanto para la felicidad y satisfacción de la población como para la generación de riqueza.

Por su parte, Jauretche claramente desprecia el consumo como fuente de incentivos, al considerarlo un gasto espurio que derrocha recursos que deberían dedicarse a la producción. Podemos ver estas ideas reflejadas en el siguiente párrafo:

“Sí, como esas galletitas que si usted es lo suficientemente tilingo y tiene plata puede comprar ahora en los almacenes, gracias al multilateralismo y al libre giro de la moneda, pues ya no están sometidas a los permisos de cambio que nos impedía gozar de las delicias importadas de esas galletitas, del whisky escocés, los cigarrillos extranjeros y los coches coludos, cuya falta hacía imposible la vida de la gente bien.” (p. 116)

Jauretche considera que la entrada de productos importados, en especial de bienes suntuarios, es netamente perniciosa. Desprecia el supuesto nivel de vida superior que estos bienes permiten, ya que según él son sólo los “tilingos” los que están ávidos por consumirlos, y concluye que debe prohibirse su importación, para ahorrar las divisas para la importación de maquinarias.

Por supuesto, si las maquinarias sirven para producir consumo futuro, entonces la elección entre “coches coludos” y maquinarias es sólo una elección entre consumo presente y consumo futuro, que los individuos deberían estar en capacidad de hacer por sí solos. Pero como él adjudica valor a la producción más que al consumo, alaba la importación de maquinarias, que aumentan la producción, y condena la de bienes de consumo, que no lo hacen.

III. Razones subyacentes de las discrepancias

¿Por qué Alberdi y Jauretche llegan a conclusiones tan distintas? Empezamos diciendo, sobre el tema del consumo, que Alberdi comprende la naturaleza de la economía como la había concebido Adam Smith, según quien “*consumption is the sole end and purpose of all production*”, mientras que para Jauretche el fin último de la economía no es meramente elevar el nivel de vida de la población sino lograr la Argentina grande, una Nación fuerte, independiente y soberana; y en todo caso el aumento en el nivel de vida, si bien deseable, sólo puede lograrse haciendo de dicho ideal de Nación fuerte una realidad efectiva.

Dicho esto, sus diferencias sobre el comercio como actividad productiva y sobre el efecto del comercio internacional son reducibles a otros dos desacuerdos: por un lado, el del valor del consumo vs. la producción y, por otro lado, una diferencia subyacente en sus visiones sobre la prevaencia del libre mercado y los monopolios.

Desarrollemos este análisis. Como hemos dicho, uno de los autores cree que la actividad comercial es productiva y el otro no. Esto es totalmente comprensible teniendo en cuenta su desacuerdo sobre el valor del consumo: dado que el comercio permite el consumo al proveer servicios de traslado y coordinación, pero no produce nada material claramente visible, aquél que valore el consumo verá generación de valor en el comercio, y aquél que valore la producción, no.

Por otra parte, incluso si el comercio genera valor, eso no quita que el comerciante intente además apropiarse del valor generado por otros, como cree Jauretche que hace. ¿Por qué en la visión de Alberdi eso no ocurre? Porque si hay libertad de industria, un comerciante que ofrezca sus servicios de intermediación a un precio demasiado alto encontrará que otros ofrecerán sus servicios a menor precio, como ocurre en cualquier otro mercado competitivo. Este argumento no convencería a Jauretche porque el monopolio es omnipresente en su manera de ver el mundo: ningún competidor obliga al intermediario a bajar el precio porque no hay competidores. El comerciante es uno solo: el monopolista del imperio extranjero.

En cuanto al efecto del comercio internacional sobre la economía, podemos basarnos en las mismas ideas explicativas. El hecho de que Alberdi aprecie el consumo explica su apoyo a la libre importación de bienes, y el hecho de que Jauretche dé prioridad a la producción explica su apoyo a los controles y los permisos de cambio, para que el Estado regule qué debe importarse y qué no, según su “utilidad nacional”. El hecho de que Alberdi vea al monopolio en la licencia estatal y en la protección, y la competencia en el libre comercio, explica que esté a favor de la entrada de productos extranjeros que compitan con los nacionales. El hecho de que Jauretche vea al monopolio en el poderoso intermediario del imperio extranjero, al que se le abren las puertas con el libre comercio, y vea la única defensa posible en la protección del Estado, explica que esté a favor de la restricción y estatización del comercio.

Podrá parecer, a la luz de este análisis, que Alberdi está a favor del comercio en todas sus formas y Jauretche en contra del mismo en todas sus formas. En realidad, no es así. Que la actividad comercial no genere valor, y que el comercio pueda ser perjudicial para el desarrollo nacional, no significa que para Jauretche el país no pueda obtener réditos del comercio; de hecho, él valora las maquinarias que pueden conseguirse mediante el comercio internacional, y el impulso que la demanda externa puede dar a la industria nacional a través de las exportaciones. Pero entonces, sólo valora el comercio en la medida en que aporta a la producción, no al consumo. Más aún, en su visión, la única manera de hacer que el comercio se encamine hacia su uso útil (apuntalar la producción) y no hacia su uso inútil (facilitar el consumo) es que el Estado lo regule. Y por último, podemos decir que si bien valora los “buenos negocios” que pueden conseguirse en los mercados internacionales, no valora la actividad del comerciante en sí misma.

Corresponde entonces preguntarse por qué difieren en estos aspectos fundamentales que hemos aislado.

IV. Conclusión

Como hemos dicho en la introducción de este trabajo, Alberdi y Jauretche conciben dos modelos de país muy distintos: una economía abierta en un caso y cerrada en el otro, y por lo tanto, libre comercio en un caso y comercio regulado y organizado por el Estado en el otro. Hemos visto que sus diferencias de opinión se deben a dos desacuerdos esenciales subyacentes:

1) Para Alberdi el verdadero fin de la producción es el consumo; para Jauretche la producción de cosas materiales da lugar a la grandeza nacional. Este contraste queda explicado cuando se considera que Alberdi está interesado en una nación pujante y abierta, con un buen nivel de vida, mientras que Jauretche está interesado en una nación fuerte e independiente. Esta diferencia de pretensiones puede deberse a sus percepciones sobre el mundo: en la visión de Alberdi está implícito un futuro de países civilizados, pacíficos, que cada vez dependen más unos de otros a medida que se desarrollan. Jauretche, en cambio, cree ver un mundo hostil, donde el comercio es usado como un instrumento político, manejado por grandes agentes, y que puede ser interrumpido por las guerras. Eso explica sus deseos de autarquía.

2) Alberdi y Jauretche tienen distintas concepciones sobre la prevaencia de la competencia o del monopolio en los mercados. Para Alberdi la competencia surgirá naturalmente de la libertad de industria; el monopolio es un hongo extraño al mercado que crece en las faldas del Estado, y prospera gracias a sus protecciones y prohibiciones. En cambio, para Jauretche el monopolio es lo que domina naturalmente los mercados “libres”. En dichos mercados “libres” hay agentes poderosos que buscan sus intereses particulares, y dicha búsqueda no puede llevar al bien común: sólo la regulación del Estado puede obligarlos a no contrariar el interés nacional. Cabe observar que Alberdi ignoraba la posibilidad de un monopolio natural, producto de funciones de producción con rendimientos crecientes a escala, pero en realidad tampoco pensaba Jauretche que los omnipresentes monopolios fueran naturales; creía que eran fomentados desde los imperios, y que una vez establecidos se perpetuaban gracias a su poder de manipulación de los mercados.

En ambos puntos, sus diferencias colapsan en una sola: Alberdi ve a los mercados y a la sociedad como sistemas atomizados, cuyo funcionamiento es el resultado de la interacción de una multitud de individuos independientes. Jauretche ve a la sociedad como un campo de juego donde se enfrentan grandes actores, con capacidad de manipular los demás parámetros y atributos del paisaje, que se conocen cara a cara, y que no sólo buscan su propio beneficio sino que a menudo lo hacen uno a costa de otro.

Para comprender esta diferencia de visiones, es menester considerar los contextos en que vivieron los autores. En 1854 el país estaba concretando su organización nacional, y así dejando atrás definitivamente las secuelas de la dominación española. El monopolio por privilegio estatal había sido el modo de organización económica de dicha dominación y, por eso, en el país que estaba ante los ojos de Alberdi, abundaban los monopolios y los aglutinamientos producto de la licencia del Estado, un Estado complaciente con este tipo de medidas que eran una marca del coloniaje español, y que debían ser eliminadas. Para 1960, en cambio, el mundo había sufrido dos guerras mundiales, y el país ya había tenido experiencias con la libertad de comercio y también con el comercio restringido y estatizado. Jauretche creía que debía implementarse el segundo esquema, ya que los monopolios privados extranjeros dominarían la economía argentina en ausencia de una política nacional como la peronista. Dicha creencia se derivaba de una ideología nacionalista y antiimperialista que atribuía los fracasos del país a la colonización económica impuesta por las potencias extranjeras.

Referencias

Alberdi, Juan Bautista, *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853* [1854].

Gide, Charles, y Rist, Charles, *A history of economic doctrines from the time of the Physiocrats to the present day* [1909].

Jauretche, Arturo, *Política y Economía*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1977.

Smith, Adam, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* [1776].